ro á Barcelona, archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos, y correspondencia grata de firmes amistades, y en sitio y en belleza única. Y aunque los sucesos que en ella me han sucedido no son de mucho gusto, sino de mucha pesadumbre, los llevo sin ella sólo por haberla visto.

Finalmente, señor Don Alvaro Tarfe, yo soy Don Quijote de la Mancha, el mismo que dice la fama, y no ese desventurado que ha querido usurpar mi nombre y honrarse con mis pensamientos. A vuesa merced suplico, por lo que debe á ser caballero, sea servido de hacer una declaración ante el alcalde deste lugar, de que vuesa merced no me ha visto en todos los días de su vida hasta ahora, y de que yo no soy el Don Quijote impreso en la segunda parte, ni este Sancho Panza mi escudero es aquel que vuesa merced conoció.

—Eso haré yo de muy buena gana, respondió Don Alvaro, puesto que cause admiración ver dos Don Quijotes y dos Sanchos á un mismo tiempo, tan conformes en los nombres como diferentes en las acciones: y vuelvo á decir y me afirmo, que no he visto lo que he visto, ni ha pasado por mí lo que ha pasado.

—Sin duda, dijo Sancho, que vuesa merced debe de estar encantado como mi señora Dulcinea del Toboso, y pluguiera al cielo que estuviera su desencanto de vuesa merced en el darme otros tres mil y tantos azotes como me doy por ella, que yo me los diera sin interés alguno.

—No entiendo eso de azotes, dijo Don Alvaro: y Sancho le respondió que era largo de contar; pero que él se lo contaría si acaso iban un mesmo camino.

Llegóse en esto la hora de comer, comieron juntos Don Quijote y Don Alvaro.

Entró acaso el alcalde del pueblo en el mesón con un escribano, ante el cual alcalde pidió Don Quijote por una petición de que á su derecho convenía de que Don Alvaro Tarfe, aquel caballero que allí estaba presente, declarase ante su merced cómo no conocía á Don Quijote de la Mancha, que asimismo estaba allí presente, y que no era aquel que andaba impreso en una historia intitulada: "Segunda parte de Don Quijote de la Mancha, compuesta por un tal de Avellaneda, natural de Tordesillas."

Finalmente, el alcalde proveyó jurídicamente: la declaración se hizo con todas las fuerzas que en tales casos deben hacerse; con lo que quedaron Don Quijote y Sancho muy alegres, como si les importara mucho semejante declaración, y no mostrara claro la diferencia de los dos Don Quijotes, y las de los Sanchos, sus obras y sus palabras.

Muchas de cortesías y ofrecimientos pasaron entre Don Alvaro y Don Quijote, en las cuales mostró el gran manchego su discreción, de modo que desengañó á Don Alvaro Tarfe del error en que estaba, el cual se dió á entender que debía de estar encantado, pues tocaba con la mano dos tan contrarios Don Quijotes.

Llegó la tarde, partiéronse de aquel lugar, y á obra de media legua se apartaban dos caminos diferentes, el uno que guiaba á la aldea de Don Quijote, y el otro el que había de llevar Don Alvaro. En este poco espacio le contó Don Quijote la desgracia de su vencimiento, y el encanto y el remedio de Dulcinea, que todo puso en nueva admiración á Don Alvaro, el cual abrazando á Don Quijote y á Sancho siguió su camino, y Don Quijote el suyo, que aquella noche la pasó entre otros árboles por dar lugar á Sancho de cumplir su penitencia, que la cumplió del mismo modo que la pasada noche á costa de las cortezas de las hayas harto más que de sus espaldas, que las guardó tanto, que no pudieran quitar los azotes una mosca aunque la tuviera encima.

No perdió el engañado Don Quijote un sólo golpe de la cuenta, y halló que con los de la noche pasada eran tres mil y veintinueve. Parece que había madrugado el sol á ver el sacrificio; con cuya luz volvieron á proseguir su camino, tratando entre los del engaño de Don Alvaro, y de cuán bien acordado había sido tomar su declaración ante la justicia y tan auténticamente.

Aquel día y aquella noche caminaron sin sucederles cosa digna de contarse, sino fué que en ella acabó Sancho su tarea, de que quedó Don Quijote contento sobre modo, y esperaba el día por ver si en el camino topaba ya desencantada á Dulcinea su señora; y siguiendo su camino no topaba mujer ninguna que no iba á reconocer si era Dulcinea del Toboso, teniendo por infalible no poder mentir las promesas de Merlín. Con estos pensamientos y deseos subieron una cuesta arriba, desde la cual descubrieron su aldea, la cual vista de Sancho, se hincó de rodillas, y dijo:

—Abre los ojos deseada patria, y mira que vuelve á ti Sancho Panza tu hijo, si no muy rico, muy bien azotado. Abre los brazos, y recibe también tu hijo Don Quijote, que si viene vencido de los brazos ajenos, viene vencedor de sí mismo, que según él me ha dicho es el mayor vencimiento que desearse puede. Dineros llevo, porque si buenos azotes me daban, bien caballero me iba.

—Déjate de esas sandeces, dijo Don Quijote, y vamos con pie derecho á entrar en nuestro lugar, donde daremos vado á nuestras imaginaciones, y la traza que en la pastoril vida pensamos ejercitar. Con esto bajaron de la cuesta, y se fueron á su pueblo.

CAPÍTULO LXXIII.

De los agüeros que tuvo Don Quijote al entrar á su aldea, con otros sucesos que adornan y acreditan esta grande historia.

A la entrada del cual, según dice Cide-Hamete, vió Don Quijote que en las eras del lugar estaban riñendo dos muchachos, y el uno dijo al otro:

—No te canses, Periquillo, que no la has de ver en todos los días de tu vida. Oyólo Don Quijote, y dijo á Sancho:

—No adviertes, amigo, lo que aquel muchacho ha dicho, no la has de ver en todos los días de tu vida?

—Pues bien, ¿qué importa, respondió Sancho, que haya dicho eso el muchacho?

—¿Qué? replicó Don Quijote, ¿no ves tú que aplicando aquella palabra á mi intención, quiere significar que no tengo de ver más á Dulcinea?

Quería le responder Sancho, cuando se lo estorbó ver que por aquella campaña venía huyendo una liebre seguida de muchos galgos y cazadores, la cual temerosa se vino á recoger y agazapar debajo de los pies del rucio. Cogióla Sancho á mano salva, y presentósela á Don Quijote, el cual estaba diciendo:

—"Malum signum, malum signum:" liebre huye, galgos la siguen, Dulcinea no parece.

—Extraño es vuesa merced, dijo Sancho: presupongamos que esta liebre es Dulcinea del Toboso, y estos galgos que la persiguen son los malandrines encantadores que la transformaron en labradora: ella huye, yo la cojo y la pongo en poder de vuesa merced, que la tiene en sus brazos y la regala: ¿qué mala señal es esta, ni qué mal agüero se puede tomar de aquí?

Los dos muchachos de la pendencia se llegaron á ver la liebre, y al uno dellos preguntó Sancho que por qué reñían. Y fuéle respondido por el que había dicho no la verás más en toda tu vida, que él había tomado al otro muchacho una jaula de grillos, la cual no pensaba volvérsela en toda su vida. Sacó Sancho cuatro cuartos de la faltriquera, y dióselos al muchacho por la jaula, y púsosela en las manos á Don Quijote, diciendo:

—He aquí, señor, rompidos y desbaratados estos agüeros, que no tienen que ver más con nuestros sucesos, según que yo imagino, aunque tonto, que con las nubes de antaño: y si no me acuerdo mal, he oído decir al cura de nuestro pueblo, que no es de personas cristianas ni discretas mirar en estas niñerías; y aun vuesa merced mismo me lo dijo los días pasados, dándome á entender que eran tontos todos aquellos cristianos que miraban en agüeros; y no es menester hacer hincapié en esto, sino pasemos adelante, y entremos en nuestra aldea.

Llegaron los cazadores, pidieron su liebre, y dióselas Don Quijote: pasaron adelante, y á la entrada del pueblo toparon en un pradecillo rezando al cura y al bachiller Carrasco.

Y es de saber, que Sancho Panza había echado sobre el rucio y sobre el lío de las armas, para que sirviese de repóstero, la túnica de bocací pintada de llamas de fuego que le vistieron en el castillo del duque la noche que volvió en sí Altisidora. Acomodóle también la coroza en la cabeza, que fué la más nueva transformación y adorno con que se vió jamás jumento en el mundo.

Fueron luego conocidos los dos del cura y del bachiller, que se vinieron á ellos con los brazos abiertos.

Apeóse Don Quijote, y abrazólos estrechamente; y los muchachos que son linces no excusados, divisaron la coroza del jumento, y acudieron á verle, y decían unos á otros:

—Venid, muchachos, y veréis el asno de Sancho Panza más galán que Mingo, y la bestia de Don Quijote más flaca hoy que el primer día. Finalmente, rodeados de muchachos y acompañados del cura y del bachiller entraron en el pueblo, y se fueron á casa de Don Quijote, y hallaron á la puerta della al ama y á su sobrina, á quien ya habían llegado las nuevas de su venida.

Ni más ni menos se las habían dado á Teresa Panza, mujer de Sancho, la cual desgreñada y medio desnuda, trayendo de la mano á Sanchica su hija, acudió á ver á su marido, y viéndole no tan bien adelinado como ella pensaba que había de estar un gobernador, le dijo:

—¿Cómo venís así, marido mío, que me parece que venís á pie y despeado, y más traéis semejanza de desgobernado que de gobernador?

—Calla, Teresa, respondió Sancho, que muchas veces donde hay estacas no hay tocinos, y vámonos á nuestra casa, que allá oirás maravillas. Dineros traigo, que es lo que importa, ganados por mi industria y sin daño de nadie.

—Traed vos dineros, mi buen marido, dijo Teresa, y sean ganados por aquí ó por allí, que como quiera que los hayáis ganado no habréis hecho usanza nueva en el mundo.

Abrazó Sanchica á su padre, y preguntóle si traía algo, que le estaba esperando como el agua de mayo; y asiéndole de un lado del cinto, y su mujer de la mano, tirando su hija al rucio, se fueron á su casa, dejando á Don Quijote en la suya en poder de su sobrina y de su ama, y en compañía del cura y del bachiller.

Don Quijote, sin aguardar términos ni horas, en aquel mismo punto se apartó á solas con el bachiller y el cura, y en breves razones les contó su vencimiento, y la obligación en que había quedado de no salir de su aldea en un año, la cual pensaba guardar al pie de la letra, sin traspasarla en un átomo, bien así como caballero andante, obligado por la puntualidad y orden de la andante caballería; y que tenía pensado de hacerse aquel año pastor, y entretenerse en

la soledad de los campos, donde á rienda suelta podría dar vado á sus amorosos pensamientos, ejercitándose en el pastoril y virtuoso ejercicio: y que les suplicaba, si no tenían mucho que hacer, y no estaban impedidos en negocios más importantes, quisiesen ser sus compañeros, que él compraría ovejas y ganado suficiente que les diese nombre de pastores: y que les hacía saber que lo más principal de aquel negocio estaba hecho, porque les tenía puestos los nombres, que les vendrían como de molde.

Díjole el cura que los díjese. Respondió Don Quijote que él se había de llamar el pastor Quijótiz, y el bachiller el pastor Carrascón, y el cura el pastor Curiambro, y Sancho Panza el pastor Pancino.

Pasmáronse todos de ver la nueva locura de Don Quijote; pero porque no se les fuese otra vez del pueblo á sus caballerías, esperando que en aquel año podría ser curado, concedieron con su buena intención, y aprobaron por discreta su locura, ofreciéndoseles por compañeros en su ejercicio.

—Y más, dijo Sansón Carrasco, que como ya todo el mundo sabe, yo soy celebérrimo poeta, y á cada paso compondré versos pastoriles ó cortesanos, ó como más me viniere á cuento, para que nos entretengamos por esos andurriales donde habemos de andar: y lo que más es menester, señores míos, es que cada uno escoja el nombre de la pastora que piensa celebrar en sus versos, y que no dejemos árbol, por duro que sea, donde no la rotule y grabe su nombre, como es uso y costumbre de los enamorados pastores.

—Eso está de molde, respondió Don Quijote, puesto que yo estoy libre de buscar nombre de pastora fingida, pues está ahí la sin par Dulcinea del Toboso, gloria destas riberas, adorno destos prados, sustento de la hermosura, nata de los donaires, y finalmente, sujeto sobre quien puede asentar bien toda alabanza, por hipérbole que sea.

—Así es verdad, dijo el cura; pero nosotros buscaremos por ahí pastoras mañeruelas, que si no nos cuadraren, nos esquinen. A lo que añadió Sansón Carrasco:

—Y cuando faltaren, darémosles los nombres de las estampadas é impresas de quien está lleno el mundo, Filidas, Amarilis, Dianas, Fléridas, Galateas y Belisardas, que pues las venden en las plazas, bien las podemos comprar nosotros, y tenerlas por nuestras. Si mi dama, ó por mejor decir, mi pastora, por ventura se llamare Ana, la celebraré debajo del nombre Anarda, y si Francisca, la llamaré yo Francenia, y si Lucía, Lucinda, que todo se sale allá; y Sancho Panza, si es que ha de entrar en esta cofradía, podrá celebrar á su mujer Teresa Panza con el nombre de Teresaina.

Rióse Don Quijote de la aplicación del nombre, y el cura le alabó infinito su honesta y honrada resolución, y se ofreció de nuevo á hacerle compañía todo el tiempo que le vacase de atender á sus forzosas obligaciones. Con esto se despidieron dél y le rogaron y aconsejaron tuviese cuenta con su salud, con regalarse lo que fuese bueno.

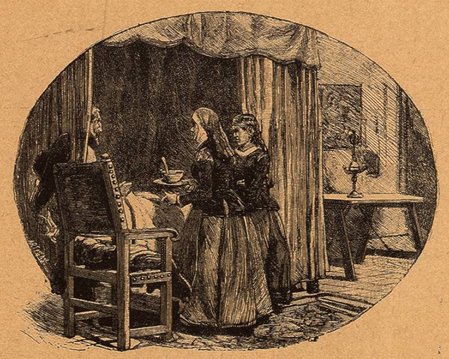
Quiso la suerte que su sobrina y el ama oyeron la plática de los tres; y así como se fueron, se entraron entrambas con Don Quijote, y la sobrina le dijo:

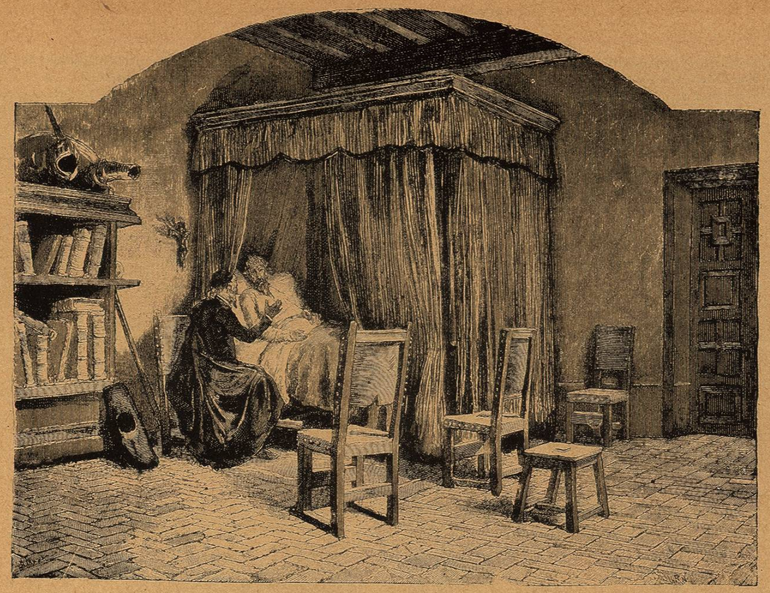
—¿Qué es esto, señor tío, ahora que pensábamos nosotras que vuesa merced volvía á reducirse en su casa, y pasar en ella una vida quieta y honrada, se quiere meter en nuevos laberintos haciéndose pastorcillo tú que vienes, pastorcico tú que vas: pues en verdad que está ya duro el alcacer para zantuoñas. A lo que añadió el ama:

—¿Y podrá vuesa merced pasar en el campo las siestas en el verano, los serenos del invierno y el aullido de los lobos?

—No por cierto, que este es ejercicio y oficio de hombres robustos, curtidos y criados para tal ministerio casi desde las fajas y mantillas: aun mal por mal, mejor es ser caballero andante que pastor. Mire, señor, tome mi consejo, que no se le doy sobre estar harta de pan y vino, sino en ayunas, y sobre cincuenta años que tengo de edad: estése en su casa, atienda á su hacienda, confiese á menudo, favorezca á los pobres, y sobre mi ánima si mal le fuere.

—Callad, hijas, les respondió Don Quijote, que yo sé bien lo que me cumple: llevadme al lecho, que me parece que no estoy muy bueno; y tened por cierto que ahora, sea caballero andente, ó pastor por andar, no dejaré siempre de acudir á lo que hubiéredes menester, como lo veréis por la obra: y las buenas hijas (que lo eran sin duda) ama y sobrina, le llevaron á la cama, donde le dieron de comer y regalaron lo posible.





CAPÍTULO LXXIV.

De cómo Don Quijote cayó malo, y del testamento que hizo, y su muerte.

COMO las cosas humanas no sean eternas, yendo siempre en declinación de sus principios hasta llegar á su último fin, especialmente las vidas de los hombres; y como la de Don Quijote no tuviese privilegio del cielo para detener el curso de la suya, llegó su fin y acabamiento cuando él menos lo pensaba, porque ya fuese de la melancolía que le causaba el verse vencido, ó ya por la disposición del cielo, que así lo ordenaba, se le arraigó una calentura, que lo tuvo seis días en la cama, en los cuales fué visitado muchas veces del cura, del bachiller y del barbero, sus amigos, sin quitársele de la cabecera Sancho Panza, su buen escudero.

Estos, creyendo que la pesadumbre de verse vencido, y de no ver cumplido su deseo en la libertad y desencanto de Dulcinea le tenía de aquella suerte, por todas las vías posibles procuraban alegrarle, diciéndole el bachiller que se animase y levantase para comenzar su pastoril ejercicio, para el cual tenía ya compuesta una égloga, que mal año para cuantas Sanazaro había compuesto; y que ya tenía comprados de su propio dinero dos famosos perros para guardar el ganado, el uno llamado Barcino y el otro Butrón, que se los había vendido un ganadero del Quintanar. Pero no por esto dejaba Don Quijote sus tristezas.

—Llamaron sus amigos al médico, tomóle el pulso, y no le contentó mucho, y dijo que por sí ó por no atendiese á la salud de su alma, porque la del cuerpo corría peligro. Oyólo Don Quijote con ánimo sosegado; pero no lo oyeron así su ama, su sobrina y su escudero, los cuales comenzaron á llorar tiernamente, como si ya le tuvieran muerto delante. Fué el parecer del médico, que melancolías y desabrimientos le acababan.

Rogó Don Quijote que le dejasen solo, porque quería dormir un poco. Hiciéronlo así, y durmió de un tirón, como dicen, más de seis horas, tanto que pensaron el ama y la sobrina que se había de quedar en el sueño. Despertó al cabo del tiempo dicho, y dando una gran voz, dijo:

—Bendito sea el poderoso Dios, que tanto bien me ha hecho. En fin, sus misericordias no tienen límite, ni las abrevian ni impiden los pecados de los hombres.

Estuvo atenta la sobrina á las razones del tío; y pareciéronle más concertadas que él solía decirlas, á lo menos en aquella enfermedad, y preguntóle:

—¿Qué es lo que vuesa merced dice, señor? ¿Tenemos algo de nuevo? ¿Qué misericordias son éstas ó qué pecados de los hombres?

—Las misericordias, respondió Don Quijote, sobrina, son las que en este instante ha usado Dios conmigo, á quien, como dije, no las impiden mis pecados. Yo tengo juicio ya libre y claro sin las sombras caligenosas de la ignorancia, que sobre él me pusieron mi amarga y continua leyenda de los detestables libros de caballerías. Ya conozco sus disparates y sus embelecos, y no me pesa, sino que este desengaño ha llegado tan tarde, que no me deja tiempo para hacer alguna recompensa, leyendo otros que sean luz del alma. Yo me siento, sobrina, á punto de muerte: querría hacerla de tal modo, que diese á entender que no había sido mi vida tan mala, que dejase renombre de loco; que puesto que lo he sido, no querría confirmar esta verdad en mi muerte.

Llámame, amiga, á mis buenos amigos el cura, el bachiller Sansón Carrasco y á maese Nicolás el barbero, que quiero confesarme y hacer mi testamnto. Pero deste trabajo se excusó la sobrina con la entrada de los tres. Apenas los vió Don Quijote, cuando dijo:

—Dadme albricias, buenos señores, de que ya yo no soy Don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, á quien mis costumbres me dieron renombre de Bueno. Ya soy enemigo de Amadís de Gaula y de toda la infinita caterva de su linaje: ya me són odiosas todas las historias profanas de la andante caballería: ya conozco mi necedad, y el peligro en que me pusieron haberlas leído: ya por misericordia de Dios, escarmentando en cabeza propia, las abomino.

Cuando esto le oyeron decir los tres, creyeron sin duda que alguna nueva locura le había tomado. Y Sansón le dijo:

—¿Ahora, señor Don Quijote, que tenemos nuevas que está desencantada la señora Dulcinea, sale vuesa merced con eso, y ahora que estamos tan á pique de ser pastores, para pasar cantando la vida como unos príncipes, quiere vuesa merced hacerse ermitaño? Calle por su vida, vuelva en sí, y déjese de cuentos.

—Los de hasta aquí, replicó Don Quijote, que han sido verdaderos en mi daño, los ha de volver mi muerte con ayuda del cielo en mi provecho. Yo, señores, siento que me voy muriendo á toda priesa, déjense burlas aparte, y traíganme un confesor que me confiese, y un escribano que haga mi testamento, que en tales trances como este no se ha de burlar el hombre con el alma: y así suplico que en tanto que el señor cura me confiesa, vayan por el escribano.

Miráronse unos á otros admirados de las razones de Don Quijote, y aunque en duda, le quisieron creer; y una de las señales por donde conjeturaron se moría, fué el haber vuelto con tanta